

Biografías para niños

Don Ignacio Manuel Altamirano nació en una época agitada y muy importante de nuestra historia, porque después de nuestra Independencia, que fue en 1821, vinieron años turbulentos e inciertos a lo largo de los cuales se conformó poco a poco nuestra nación.

En un pequeño poblado que se llama Tixtla, en el estado de Guerrero, vivía el matrimonio de Francisco Altamirano y Gertrudis Basilio, indígenas muy humildes. Tuvieron un hijo el 13 de noviembre de 1834 y le pusieron por nombre Ignacio Manuel.

SU INFANCIA

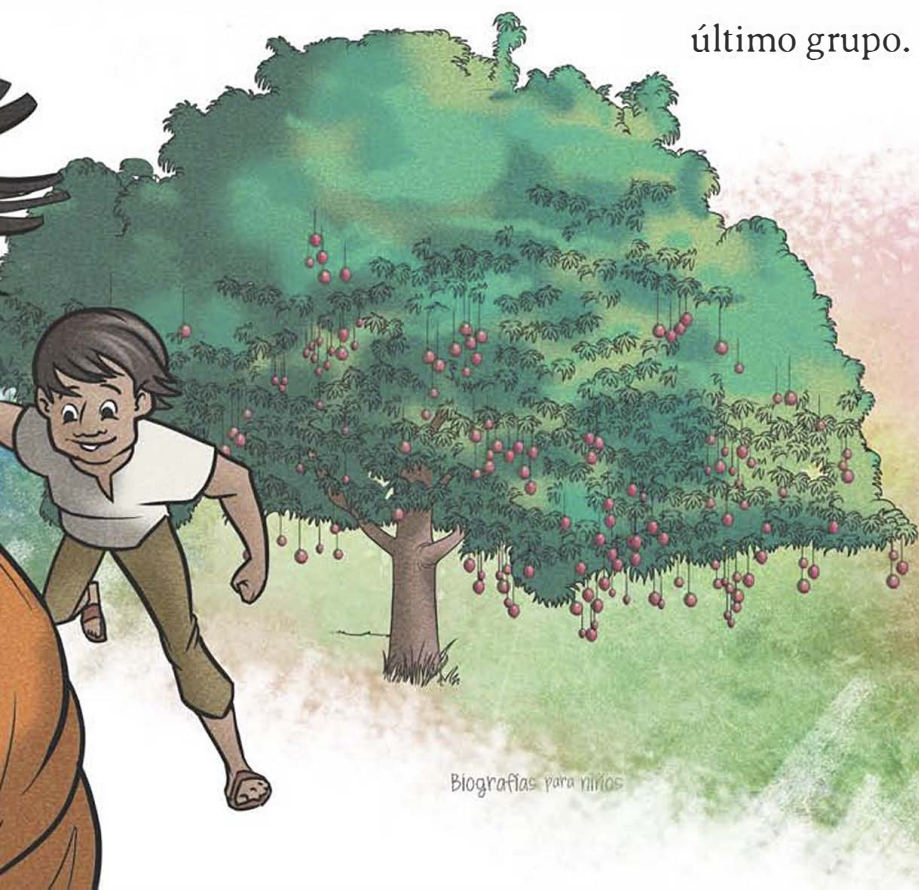
De la niñez de Ignacio Manuel no sabemos mucho, sólo lo que escribió años después, ya que al describir el paisaje que rodeaba a su pueblo, es fácil imaginarlo

bajando frutas de los árboles, nadando en el río con sus amigos, descubriendo y aprendiendo de la magnífica naturaleza que lo rodeaba. Seguramente desde entonces era curioso, ingenioso e inquieto.

Ignacio Manuel hablaba náhuatl y aprendió el español a los 12 años, cuando su papá fue nombrado alcalde de indios en su natal Tixtla. Así fue que llegó a la pequeña escuela en la que enseñaba el maestro Cayetano.



Cuando Ignacio entró al salón de clases vio que sus compañeros estaban divididos: en un lado estaban sentados los niños blancos a los que el maestro llamaba “niños de razón” y a los que les enseñaba a leer, a escribir, las bases de la aritmética y a rezar; mientras que en el otro lado del aula estaban sentados los indígenas, los “niños sin razón”, a ellos sólo se les preparaba para que aprendieran correctamente los rezos católicos e hicieran su comunión. A Ignacio Manuel, como era indígena, lo sentaron con este último grupo.



Pero no le duró mucho la “sin razón” al jovencito Altamirano, pues cuando el maestro fue a felicitar a don Francisco por su nuevo cargo, éste le preguntó por su hijo Ignacio Manuel, y don Cayetano respondió con asombro: “¿Su hijo? Mañana mismo lo paso con los de razón”, y salió apurado.

Al día siguiente, Ignacio llegó a la escuela con los nuevos útiles que su papá le había comprado y que sólo usaban los “niños de razón”. Muy pronto destacó por su inteligencia y empeño, convirtiéndose en un alumno avanzado. Pero no crean que era un muchacho muy dócil, cuando Ignacio Manuel salía de la escuela mostraba su carácter aguerrido, peleador y rebelde. En ese entonces ya era un buen nadador y se iba al río con sus amigos, montaba becerros y era un maestro en el arte de “cazar mangos” a pedradas, y como él mismo escribió “un buen comedor de elotes calientes”.

Fuera de Tixtla, por aquellos años, vivía otro gran personaje liberal de nuestra historia: don Ignacio Ramírez, quien nunca perdió la oportunidad de beneficiar a los indígenas y redactó en 1847 una ley de educación para el Estado de México. Esta

ley disponía que cada municipio debía de enviar al Instituto Literario de Toluca, becado, a un joven pobre, que supiera leer y escribir, inteligente y de preferencia indígena para que hiciera sus estudios superiores.

El adolescente Altamirano consiguió esta beca y se encaminó hacia su nueva y lejana escuela en compañía de su padre. Días a caballo y otros a pie, recorrieron la enorme y abrupta distancia que había desde Tixtla hasta Toluca. Cuentan que para ir al instituto su papá le había comprado sus primeros zapatos, por lo que Ignacio Manuel, temeroso de estropearlos, antes de llegar a su destino, los ató por las agujetas y se los llevó colgados al cuello durante todo el viaje. Después de dos semanas de caminata finalmente llegaron a Toluca y Altamirano entró al instituto a sus 14 años.

Quizá se pregunten por qué Ignacio Manuel, quien nació y vivía en Tixtla, Guerrero, fue beneficiado por una ley que se expidió en el Estado de México y tuvo que ir ¡hasta Toluca! La razón es que el estado de Guerrero, nombrado así en memoria del consumidor de nuestra Independencia, Vi-

cente Guerrero, se creó hasta 1849 —unos meses después de que Altamirano entrara al instituto—, con un territorio que en gran parte pertenecía al Estado de México y áreas de los estados de Puebla y Michoacán.

INTERNADO EN EL INSTITUTO LITERARIO DE TOLUCA

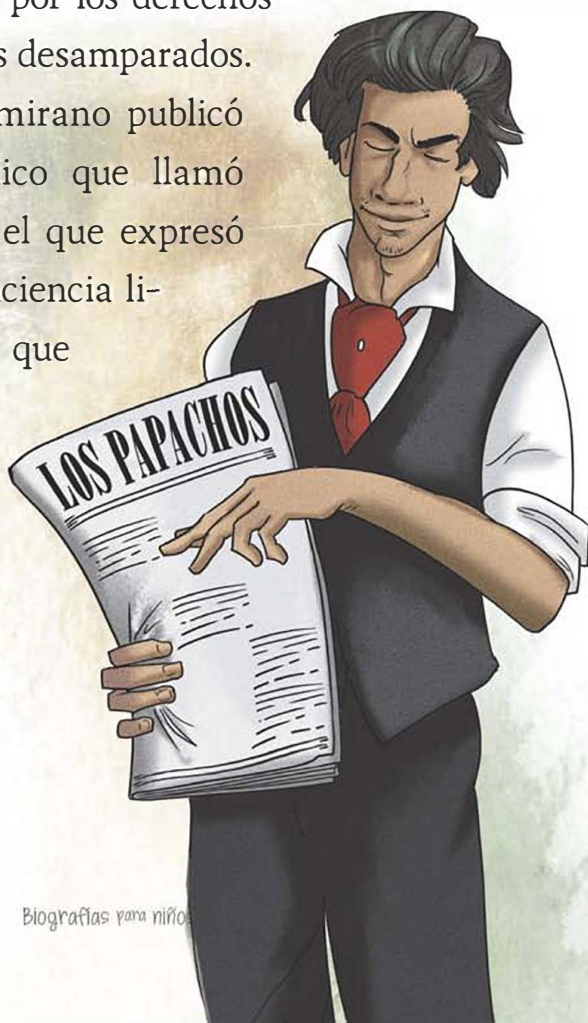
Altamirano pasó tres años y medio en el instituto, entre clases de física, gimnasia, música, matemáticas, español, latín, inglés, francés, griego, misas y varios talleres.

Hubo dos cosas que fueron muy importantes para él: la primera es que llegó a ser el encargado de la biblioteca del instituto, lo que le facilitó leer libros clásicos, modernos, de pensamiento enciclopedista y tratados jurídicos liberales. La segunda, primordial, es que allí conoció a su maestro de Derecho, al que admiraba sin conocer, ¡el mismísimo Ignacio Ramírez!, a quien apodaban El Nigromante. Este hombre era famoso por su actividad

política, su labor periodística, su entereza moral e ideología liberal y por ser un gran profesor. La vocación de Ignacio Manuel como político y escritor se consolidó tras conocer a su profesor, de quien hizo una biografía, y escribió: “Aprendimos más de aquella clase que en todo el resto de los cursos”.

Así, las vidas de los dos Ignacios se cruzaron para marcar el pensamiento liberal de la época y la lucha incesante por los derechos en favor de los más desamparados.

En 1852, Altamirano publicó su primer periódico que llamó *Los Papachos*, en el que expresó sus ideas y su conciencia liberal radical, lo que no fue bien visto por las autoridades del instituto y, sin importar sus magníficas calificaciones, lo expulsaron.



COMIENZA LA AVENTURA

Pobre y desamparado, Ignacio Manuel dio clases de francés en una escuela particular a cambio de techo y comida, pero su espíritu inquieto lo hizo irse de ahí y empezar a peregrinar por el territorio. Cuando llegaba a alguna comunidad enseñaba a los niños a leer y escribir, y después se iba a otra.

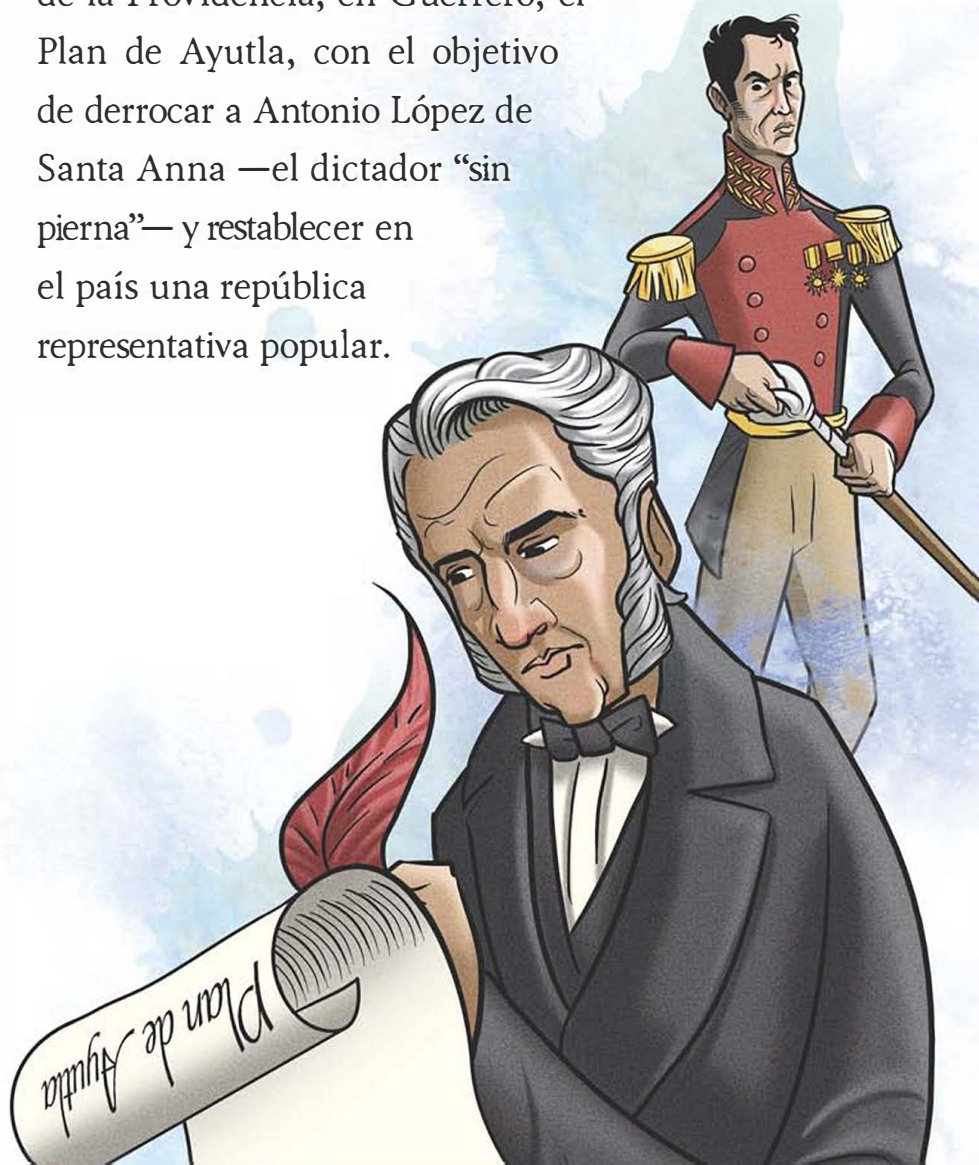
Deambuló por el estado de Morelos viviendo penalidades y aventuras, hasta que se unió a una compañía de teatro itinerante, en la que fue apuntador y dramaturgo. Escribió una obra de teatro llamada *Morelos en Cuautla*.

En esos días, probablemente en Yautepec, conoció a un hombre que lo inspiró para escribir muchos años después su magnífica novela *El Zarco*.

También en esta época dio su primer discurso político en conmemoración de la Independencia y decidió ir a la Ciudad de México para estudiar Derecho en el Colegio de San Juan de Letrán.

TOMA LA ESPADA

En marzo de 1854, Juan Álvarez, un destacado republicano e insurgente, con el apoyo de otros liberales promulgó en la Hacienda de la Providencia, en Guerrero, el Plan de Ayutla, con el objetivo de derrocar a Antonio López de Santa Anna —el dictador “sin pierna”— y restablecer en el país una república representativa popular.





Altamirano ya estaba en el Colegio de San Juan de Letrán cuando se enteró de este movimiento armado y sin pensarlo dejó sus estudios. Se fue al sur de Guerrero buscando al general Juan Álvarez; cuando lo encontró se puso a sus órdenes y se convirtió en soldado, a la edad de 20 años.

La rebelión que inició en Guerrero se multiplicó en varios lugares de México y se convirtió en una verdadera revolución que obligó a Santa Anna a abandonar el país. Las posturas liberales representadas por Benito Juárez, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez y Miguel Lerdo de Tejada, entre otros, se plasmaron en una nueva Constitución que se promulgó en 1857. Pero ya nos estamos adelantando a los hechos, volvamos un poco atrás.

Cuando se cumplieron los objetivos de la Revolución de Ayutla, Ignacio Manuel regresó al Colegio de San Juan de Letrán y se apuró mucho para terminar su carrera.

Como estudiante, Ignacio Manuel vivía en un modesto cuarto que todo el tiempo estaba lleno de jóvenes estudiantes y a veces parecía una redacción de periódico, un club reformista o un centro

literario. Muchas veces se iba a las galerías del Congreso para escuchar las sesiones en las que se discutía la nueva Constitución.

Pero cuando Altamirano estaba a punto de recibirse de abogado se desató una nueva guerra en el país, esta vez entre conservadores y liberales. Era el año 1857 y conocemos esa etapa en nuestra historia como Guerra de Reforma.

Altamirano, que coincidía plenamente con los principios liberales, volvió a tomar las armas para pelear al lado de los liberales y del presidente Benito Juárez, de quien alguna vez escribió: “Ese hombre no es un hombre, es el deber hecho carne”.

Como les sucedió a muchos hombres notables de esa época, Ignacio Manuel se vio forzado a madurar rápidamente y en muchas áreas, él lo hizo como orador, escritor, periodista, maestro y militar. Y en el vaivén entre la pluma y la espada logró recibirse de abogado en 1859.

Ese mismo año lo invitaron a dar una conferencia en el Colegio de las Vizcaínas en la Ciudad de México, que era para niñas de escasos recursos. Allí conoció a Margarita Pérez Gavilán, quien

resultó ser también de Tixtla. Altamirano y ella se enamoraron y se casaron muy rápido. Sin embargo, él y Margarita no pudieron tener hijos, lo que tanto querían, y entonces Ignacio Manuel decidió adoptar a los cuatro pequeños medios hermanos de su esposa, les dio su apellido y así formaron una familia que siempre demostró gran cariño y lealtad hacia su papá Nacho.



SU ENTRADA A LA VIDA POLÍTICA

Al terminar la Guerra de Reforma, Benito Juárez entró triunfante a la capital de nuestro país y convocó a elecciones para darle legitimidad a su régimen. Entonces Ignacio Manuel Altamirano por primera vez resultó electo diputado al Congreso en representación del municipio de Chilapa, Guerrero. En julio de 1861, desde la tribuna defendió con firmeza su oposición a una propuesta que se había hecho, en la que se pedía la amnistía para los conservadores que apoyaron y pelearon contra los liberales en la Guerra de Reforma. Altamirano dijo:

O somos liberales, o somos liberticidas: o somos legisladores, o somos rebeldes: o jueces o defensores [...] la nación no nos ha enviado a predicar la fusión con los criminales, sino a castigarlos [...] perdonar al partido conservador en México jamás ha producido buenos resultados.

El discurso impresionó a los asistentes, tanto que después de estruendosos aplausos lo bajaron de la

tribuna en hombros, entre vítores y aplausos. Entre el público estaba, en compañía de su padre, José Vasconcelos, quien en ese entonces era un adolescente, y cuando fue mayor describió así al gran orador:

La pequeña figura agigantada por el ademán y el acento, la altivez de la frente bajo la negra melena lacia, el crispamiento irónico de la boca suriana, la inaudita expresión de desprecio, de soberbia que se condensaba en relámpagos en la mirada [...] sin llegar al grito jamás y, sobre todo, la palabra, la imagen, la idea, todo mesurado en medio de la pasión desbordante, todo artístico, correcto, rítmico [...] no lo olvidaré jamás.

Esta magnífica participación le abrió a Altamirano las puertas para que destacara en la vida política de nuestro país. Continuó haciendo propuestas y apoyando o rechazando muchas otras a través de su elocuente y única manera de hablar.

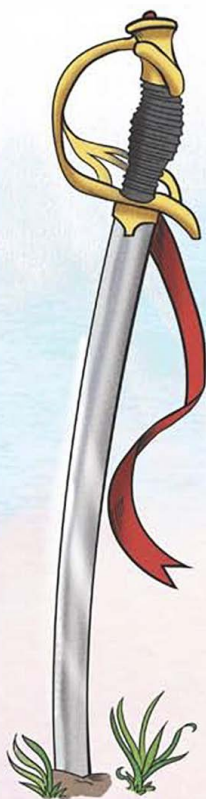
Apenas dos años después de este discurso, el fantasma de la guerra volvió al país y se inició otra nueva lucha armada, esta vez en contra de la Intervención Francesa y del Imperio del austriaco Maximiliano de Habsburgo.

Como lo supondrán, Altamirano con gusto y sin dudarlo volvió a tomar la espada en defensa de su patria. Rápidamente se dirigió hacia el sur y con muchos trabajos logró llegar a su tierra natal, Tixtla, donde consiguió gente para que luchara con él en contra de los enemigos de la patria.

Ignacio Manuel participó en muchas batallas y durante toda la guerra mantuvo una intensa comunicación, a través de numerosas cartas, con Benito Juárez, quien a manera de reconocimiento por su desempeño en el campo de batalla le otorgó

el grado de coronel del Ejército Republicano en 1865. Con este grado militar y al mando de cuatrocientos dragones —así les decían a los soldados que iban a caballo—, abandonó el estado de Guerrero e inició una serie de triunfos sobre los caudillos imperialistas.

Altamirano recuperó la ciudad de Cuernavaca, tomó el distrito de Tlalpan, y durante



el sitio de la ciudad de Querétaro demostró su enorme valentía y patriotismo, a tal punto que sus superiores lo llamaron héroe.

Muerto Maximiliano de Habsburgo y terminado así el Segundo Imperio de México en 1867, la República fue restaurada y nuestro personaje declaró: “Mi misión con la espada ha terminado”. A partir de ese momento, Ignacio Manuel se consagró a las letras y al periodismo sin desligarse de la política.

Con el triunfo de la República empezó a darse una división entre los liberales y surgió la figura del entonces coronel Porfirio Díaz, a quien Ignacio Manuel Altamirano empezó a dar su apoyo, pues pensaba que Juárez ya había estado demasiado tiempo encabezando la presidencia.

Porfirio Díaz fue quien en ese momen-



to lo apoyó para que fundara el diario *El Correo de México* con la colaboración de su antiguo maestro Ignacio Ramírez y de don Guillermo Prieto. Sin embargo, la vida de esta publicación fue corta, ya que meses después Benito Juárez volvió a ganar las elecciones para presidente del país y Altamirano fue electo como fiscal de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, así que cerró su periódico. A pesar de esto, continuó colaborando con otros diarios muy importantes de la época: *El Siglo Diez y Nueve*, *El Monitor Republicano* y *La Libertad*.

DE LLENO EN LA POLÍTICA Y LAS LETRAS

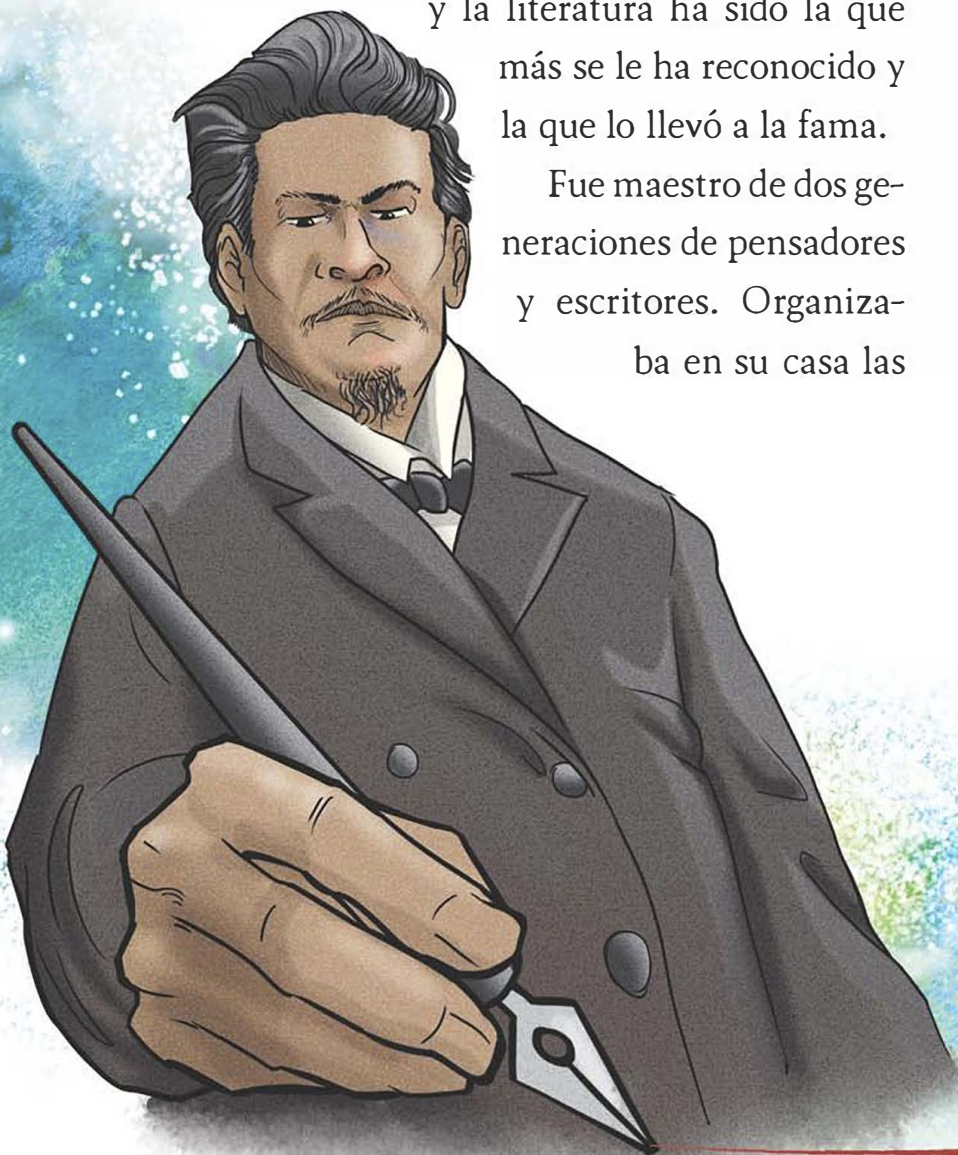
Como parte de su actividad política, Ignacio Manuel Altamirano fue diputado en dos ocasiones más, y como tal y en favor del principio de la educación primaria gratuita, laica y obligatoria pronunció otro discurso ejemplar el 5 de febrero de 1882.

También fue fiscal, procurador, magistrado y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; oficial mayor del Ministerio de Fomento, desde donde impulsó la creación de observatorios astronómicos y meteorológicos, así como la extensión de las líneas telegráficas por todo el país. Todo esto además de luchar incansablemente para que la educación llegara “hasta las clases más infelices, a la aldea humilde, a la cabaña más insignificante y escondida entre los bosques”, ya que él sabía por propia experiencia que sólo con la educación las personas y el país podrían salir adelante. También siguió su gran vocación de maestro en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela de Comercio, la de Jurisprudencia y en muchas otras; puso las bases para la fundación de la Escuela Normal de Maestros; estableció periódicos que, junto con su gran oratoria ante el Congreso, fueron trincheras para comunicar y defender sus ideales para que México fuera un país más justo y con una identidad nacional fuerte y sólida; y escribió novelas, ensayos, críticas literarias, poesía y tratados de historia.

LA LITERATURA

Pese a la valiosísima participación de Ignacio Manuel en la vida política de nuestra nación y como militar, su labor a favor de la cultura y la literatura ha sido la que más se le ha reconocido y la que lo llevó a la fama.

Fue maestro de dos generaciones de pensadores y escritores. Organizaba en su casa las



famosas Veladas Literarias. Se preocupó y ocupó para que la literatura mexicana tuviera un carácter nacional y sirviera para la integración cultural de un México devastado por las guerras, las intervenciones extranjeras, un imperio austriaco y con poca identidad como nación.

Con esta idea, en 1869 fundó su revista *El Renacimiento*, que fue muy importante en la historia de la literatura mexicana, ya que su objetivo era conciliar a los escritores de todos los bandos. Y así fue, pues en esta revista encontramos textos románticos, neoclásicos, conservadores, liberales, juaristas, progresistas, de escritores famosos y de novatos, bohemios, poetas, sesudos ensayistas, historiadores solemnes y hombres de ciencia.

Después publicó tres periódicos más: *El Federalista*, *La Tribuna* y *La República*.

A lo largo de su vida Ignacio Manuel escribió muchísimo. Su obra *Clemencia* se considera la primera novela mexicana moderna, además fue llevada al cine, pero tiene muchas obras más, entre ellas: *Rimas*, *Julia*, *Navidad en las montañas*, *Anto-*



Clemencia

nia, *Paisajes y leyendas* y *El Zarco*, que cuenta las aventuras de un bandido miembro de la banda de Los Plateados, y es su novela más famosa, aunque él no lo supo porque se publicó después de su muerte.

Su obra literaria es de estilo romántico. También redactó las biografías: *Miguel Hidalgo* y *Cos-tilla e Ignacio Ramírez*.

EL MAESTRO SE VA DE MÉXICO

En 1884, Porfirio Díaz fue electo Presidente de México y Altamirano estuvo cerca de él, pero Díaz,



al ver que era intransigente en cuanto a sus ideas políticas, poco a poco lo fue marginando, al mismo tiempo que se iba apartando de la democracia, a tal punto que Ignacio Manuel tuvo que dejar su periódico *La República*, ya que la censura a la prensa se recrudecía cada día más y más. Finalmente llegó un día de 1889 en que Porfirio Díaz decidió alejarlo por completo del país y para eso lo nombró cónsul en la ciudad de Barcelona, España.

Y para allá se fue el maestro Altamirano con su esposa y colmado de terribles



enfermedades, como disentería, ictericia y diabetes. Sin rendirse continuó trabajando y escribiendo, pero el clima de Barcelona le sentaba mal, por lo que consiguió permutar con Manuel Payno su cargo y se mudó a París.

En Francia impresionó al medio diplomático por su amplísima cultura y magnífico dominio del idioma, así que fue invitado continuamente a tertulias, eventos en las distintas embajadas, a la Sociedad de Geografía, al Círculo de Prensa de París y de manera oficial a los congresos internacionales. Fueron tiempos agradables para el maestro, en los que tuvo el gusto de ver editada en francés su obra *Navidad en las montañas*; sin embargo, la nostalgia lo invadía y esperaba con ansia las cartas de sus hijos y amigos.

Su hija Catalina, quien se había casado con el abogado Joaquín Casasús, le enviaba cajas que Ignacio Manuel recibía con delicia, ya que contenían los sabores de su tierra lejana: chiles, frijoles, chocolates y los totopos que casi siempre llegaban echados a perder, por lo que se lamentaba amargamente.

A su casa de París llegó un día el joven Juan Sánchez Azcona, quien poco después lo llevó a vivir con dos estudiantes mexicanos, éstos eran Francisco y Gustavo Madero.

El sueño de Ignacio Manuel era regresar a México y vivir en la enorme residencia de su hija Catalina y de su yerno Joaquín, en donde quería ser el jardinero y disfrutar de sus nietos, sueño que nunca se cumplió. Poco a poco su salud se fue deteriorando, los ataques de la disentería que padecía desde el sitio de Querétaro eran cada día más fuertes y su debilidad mayor. Al verlo así, su esposa muy preocupada decidió que se irían una temporada a San Remo, en Italia, para ver si el clima cálido y el aire del mar lo ayudaban.

LA MUERTE DE UN HÉROE

A San Remo llegaron a visitarlo Catalina y su esposo Joaquín, quienes preocupados por el estado de debilidad y la tos pertinaz de papá Nacho consiguieron que se realizara un estudio, cuyo resul-

tado los sumió en la tristeza: Ignacio Manuel padecía una tuberculosis muy avanzada.

Sus hijos lo sacaron de la humilde pensión en que vivía y rentaron una hermosa casa frente al mar. Al maestro Altamirano le gustaba estar en la amplia terraza. Allí hablaba con su hija Catalina y su yerno Joaquín, allí pidió que su cuerpo fuera cremado para así poder regresar a su inolvidable y amado México.

Don Ignacio Manuel Altamirano murió el 13 de febrero de 1893, cumpliéndose la letanía que tantas veces había repetido en público: “En 13 nací, en 13 me casé y en 13 habré de morir”.

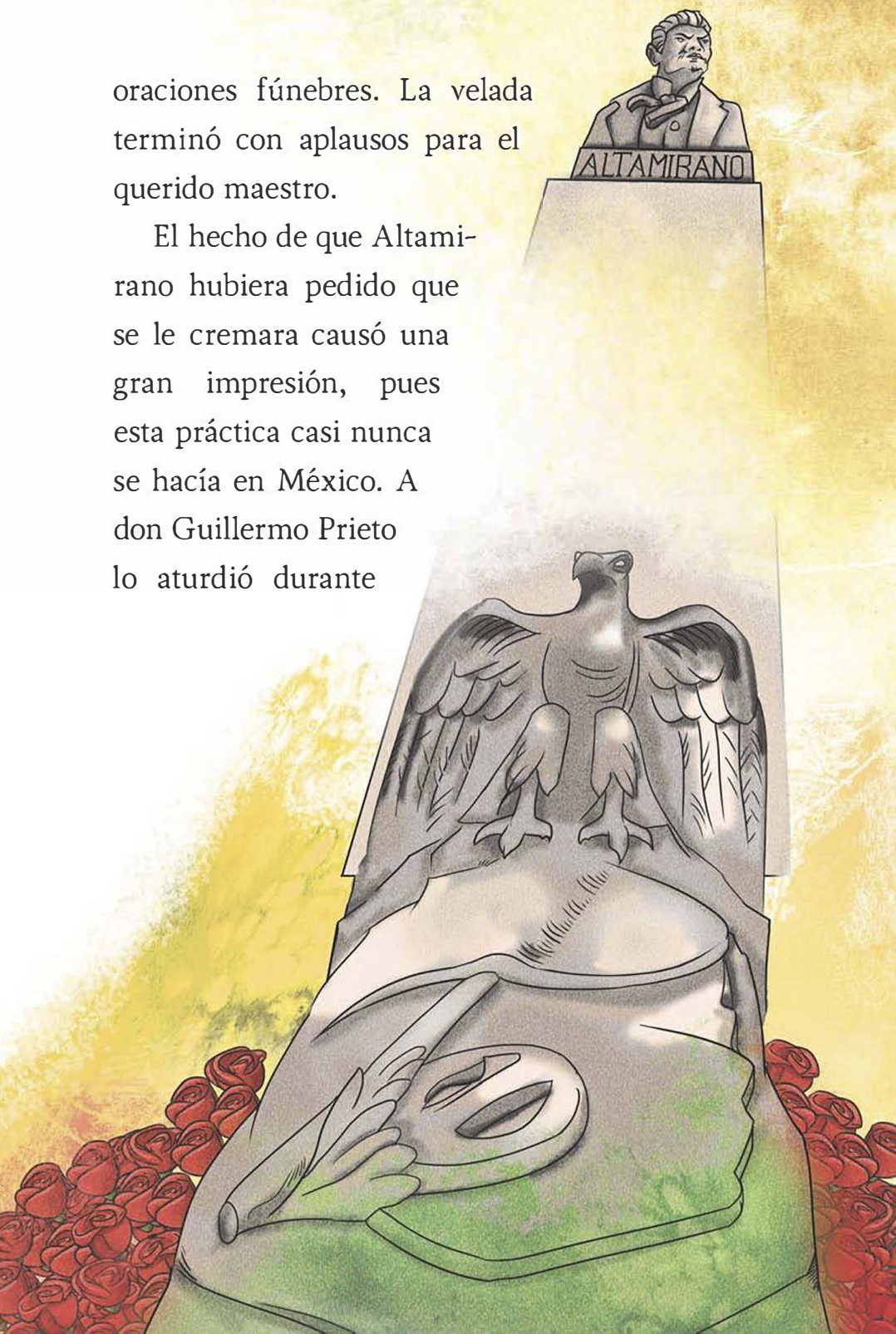
En México, la noticia de su muerte causó más conmoción en el medio literario y periodístico que en el político. Cuatro generaciones de hombres de letras se dolieron profundamente y enseguida organizaron para recordarlo una velada literaria como aquellas que su maestro había hecho años atrás.

El 21 de febrero en el salón de actos de la Sociedad de Geografía y Estadística se realizó dicho evento y sus alumnos dijeron sentidas palabras y



oraciones fúnebres. La velada terminó con aplausos para el querido maestro.

El hecho de que Altamirano hubiera pedido que se le cremara causó una gran impresión, pues esta práctica casi nunca se hacía en México. A don Guillermo Prieto lo aturdió durante



varios días y terminó escribiendo un poema a su amigo fallecido en el que le reprochaba la carencia de unos restos mortales ante los cuales ir a llorar en Día de Muertos.

En mayo de 1893 llegaron las cenizas de Altamirano a México y reposaron en una capilla que mandó hacer su hija Catalina en el Panteón Francés de la Ciudad de México.

A los cien años de su muerte, en 1934, sus cenizas fueron merecidamente trasladadas a la Ronda de los Hombres Ilustres, en una solemne ceremonia oficial. Y años después, en 1992, su nombre fue inscrito con letras de oro en la Cámara de Diputados.

En la historia oficial, Ignacio Manuel Altamirano se volvió más un personaje de las letras mexicanas que del acontecer político de México, olvidando al patriota liberal y al hombre que incansablemente luchó para que tuviéramos una nación más justa, más fuerte y libre.

